Sobre piedras en rotación

Piedras. Aparentemente inertes, pesadas y desprovistas de atractivo. Engañosamente inmóviles. Y sin embargo, estas piedras están recorridas por un extraño movimiento centrífugo: la imaginación pautando resonancias, fulgores, texturas… Caminar, pasear, dejarse cubrir el calzado por el polvo del camino, mancharse de barro al internarse en los bancales humedecidos tras un insidioso chaparrón, que ha convertido el hecho de pisar por los terrenos de este arboreto en un prodigioso andar en sueños; y paso a paso uno va descubriendo, entreveradas en ese humus, algunas piedras marcadas a fuego con dibujos, formas y líneas que el azar ha recubierto de un lenguaje primigenio. Es este reconocimiento a primera vista el que nos enlaza a una suerte de comunidad orgánicamente constituida entre el ser humano y el mundo natural: comunidad de la infancia en la que uno se regodeaba pisando los charcos de lluvia con el deseo de fundirse con el fondo turbio del cielo reflejado en ellos...

No hay prudencia más severa que la de arriesgarse a curvar la espalda y recoger, casi temblando, una piedra tras otra como si se tratara de recolectar los frutos más insólitos destinados a colmar el inagotable festín de lo imaginario. Y es a través de esa sucesión de pequeños gestos imperiosos, pero precisos, que la mirada se convierte en un dactilógrafo visual de lo inédito… Me pregunto, palpando en mi mano una de estas humildes y desinteresadas piedras, si es posible imaginar una definición más afinada y tangible de lo maravilloso...

Cada una de estas piedras ha cristalizado en un deslumbramiento aborigen: esa pertenencia al lugar propio –y solo en la medida en que es consecuencia de un deseo–, no es, en este caso, una reivindicación de identidad, sino, por el contrario, una manifestación de disconformidad: un lenguaje analfabeto.

Javier Gálvez

Perspectiva embustera

¿No deja una mentira serla si se cree, y no menos por su propio autor?

Embuste – Existe una clara diferencia significativa entre *mentira* y *embuste*. El embustero, aunque en sus palabras haya desajuste con la realidad y tal vez algo engañoso en ellas, no lleva en sí el propósito de inducir voluntariamente ni a la falsedad ni al error, y aunque altere u oculte la verdad no pretende negarla. Por el contrario, el embuste puede mostrar algún aspecto desconocido de tal verdad. El auténtico embuste es una de las manifestaciones verbales del sentido del humor unido a la fantasía. Es un producto propio de capacidad de fabulación de gente imaginativas. Hay exageraciones embusteras, entre las que cuentan las "comparaciones": *más seco que la mojama*, *más perdido que el barco del arró*.

Luis Benítez Carrasco

Garantía de trabajo: fabricar directamente los muertos – AR

El pez vidente

Tenemos aquí este pequeño pez encontrado trágicamente fallecido, desnudo y momificado bajo el sol. Aquello que experimentó y escuchó, las delicias, los temores, las sorpresas, los abismos y cielos que vio bajo el agua estival durante su breve existencia, nunca lo sabremos. Pero su hermoso diminuto cuerpo plateado nos incita a imaginarlo si solo nosotros, pobres adoctrinados y pretenciosos organismos, nos atreviéramos intentarlo.

¡Mira! Sus brillantes ojos permanecen abiertos. ¿Qué vemos?

Javier Gálvez / Bruno Jacobs

No 1

LA GRIETA

Movimiento surrealista / Cádiz – Sevilla

Nov. 2018

GRATIS

EDITORIAL

Susana Díaz, la padre de los andaluces, saludando a un fontanero.

Inventemos el alcoholismo
bucólico
la pederastia coral
el sionismo ambulante
el paracleto centrífugo
el botulismo épico
el calabacín sinérgico
el humanismo celentéreo
la sodomía anémica
el obscurantismo con ruedas
el anacronismo cefalópedo
el mormonismo descapotable
el heliocentrismo biselado
el atomismo bípedo
la entropía anaranjada
el nestorianismo endecasílabo

Jesús García Rodríguez,
Epitalamio (2012)

Píldoras sapienciales de autoayuda, pensamiento positivo, crecimiento y superación personal

1. A*utorretrato* – autorretrete
2. L*a fantasía del elefante* es la elefantiasis
3. *Alteza Real* – Almeja Real
4. E*ntre pecho y España* – problema muy grande, problema en el glande
5. O*bra salubre* – sabor a ubre
6. *Candidato con candidiasis* y chóped de Chopin
7. *Ecce homo* – hez de mono
8. *Un cero sincero* – un cero sin cero
9. Contrabajo sin trabajo
10. *Apretura de nalgas* – apertura de valvas; apretura de valvas: apertura de nalgas

JGR

El estado de redecho (*)

Veo españoles – Albert Rivera

Las facciones políticas de la derecha tienen su propia jerga, y su cotidiano argumentario construido y enviado desde arriba por poderes oscuros. "El conjunto de los españoles" constituye tal vez – junto con el empleo histérico, apocalíptico y capcioso de "democracia" o "democrático" – su término, su talismán y su fórmula mágica preferida, lo que traducido, como sabemos, quiere significar una parte de sus votantes (actuales o posibles) y poco más. Otro de sus *lugares comunes*, al lado del "a la altura de las circunstancias", término vacío repetido, por supuesto, en cualquier tipo de circunstancia, es su obsesivo y cargante "sentido común". Y en cuanto a "patriotismo" y similares, mejor guardar silencio para reprimir la náusea: en medio de la disolución general y absoluta de las identidades que trae el capitalismo, la única identidad que parece quedar es la más indefinible, vacía y manipulable de todas: la nacional.

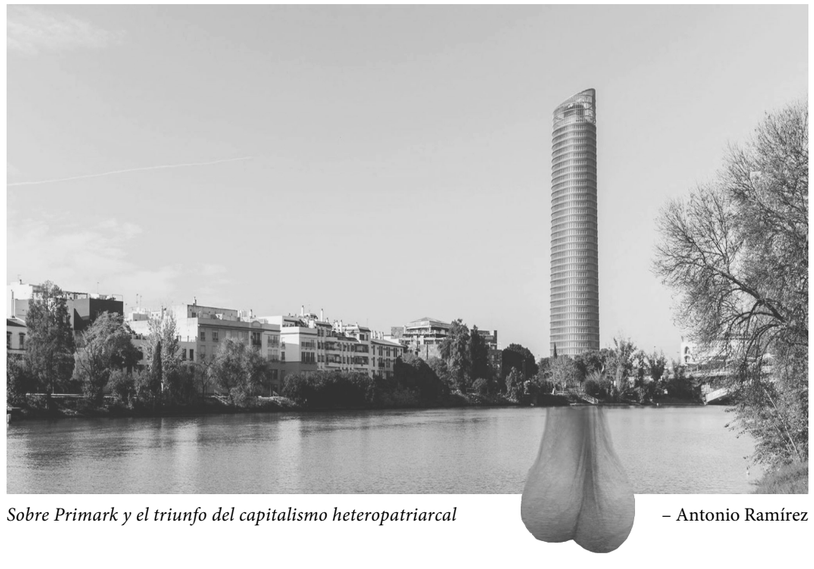
Significativo, entonces, el uso de esas mismas palabras por parte de los dirigentes de Podemos, probablemente con la intención de otorgarles un "mejor" o más "real" sentido. Y así blanden con fervor ese "sentido común" (que es el otro nombre de la defensa a ultranza del *statu quo*) y no menos ese "patriotismo" (*Hay que empezar a reivindicar el patriotismo español sin complejos,* [Pablo Iglesias, Europa Press, 28.02.18]) que Pablo Iglesias e Iñigo Errejón se han sentido urgidos en redefinir como algo esencialmente "popular", tal vez precisamente porque ya no conmueve a nadie excepto a las hordas de la derecha. ¿Y no sería la apelación cada vez más frecuente a esos "españoles" la expresión de una suerte de mimetismo táctico con la intención, extrañamente reformista, de reciclar ese tipo de conceptos esencialmente *burgueses*? ¿O es un mero tacticismo con la fútil esperanza de ganar votantes de otras ideologías para su causa y recabar el máximo número de votos disfrazándose de "patriotas"? Tan bajo ha caído, entre otras cosas, el "internacionalismo" de esa izquierda...

JGR / BJ

(*) Xavier García Albiol (24h, 19.11.17).

Las leyes de la comunicación racional son leyes abusivas, leyes a las cuales escapa la realidad de la comunicación. Son leyes privativas o represivas cuando el régimen de expresión les otorga un valor normativo. Es debido a que se encuentra fuera de los pequeños tráficos de información que la palabra tiene poder potencialmente subversivo, para lo mejor y para lo peor en la historia, y que sigue siendo capaz de socavar las Bastillas de la racionalidad formalizada, estableciendo en cualquier momento la comunicación intersubjetiva en correlaciones auténticas.

– Vratislav Effenberger, *La parole et l'État*, 1976



Sobre Primark y el triunfo del capitalismo heteropatriarcal – Antonio Ramírez

La piel como territorio en disputa – de tatuajes y capitalismo

Parece ser que la marca de comida rápida Domino's pizza ha tenido que cancelar una campaña de promoción en Rusia debido al éxito rotundo de la misma. Ésta consistía en ofrecer 100 pizzas durante 100 años a las primeras 350 personas que se tatuaran su logotipo en un sitio visible. La avalancha de fotografías con dichos tatuajes habría saturado en un par de días el Instagram de la empresa hasta obligarles a dar marcha atrás con la promoción. Eso sí, aunque esta información ha aparecido en varios medios de comunicación "respetables", preferimos ser escépticos sobre la veracidad de la noticia. De hecho, con sólo mirar las fotografías que la acompañan se puede comprobar que muchos de los tatuajes son burdos montajes y que el origen de las imágenes también es dudoso. Sin embargo, la imposibilidad de saber si la noticia es verdadera añade un enriquecedor matiz desconcertante y turbio. Lo cierto es que nuestra sociedad ha llegado a considerar que este tipo de situaciones sólo son posibles en Rusia, donde se habría pasado, sin transición alguna, de la alienación y deshumanización comunista a la cosificación capitalista. El estereotipo de Rusia parecer justificar cualquier juicio despreciativo por parte de la masa: los rusos serían pobres, desequilibrados, camorristas, alcohólicos, … En conclusión, resulta fácil creer que cientos de rusos cedieron su piel a la empresa norteamericana de comida basura, a pesar del desagrado inmediato que la noticia provoca.

¿A qué se debe esa repugnancia que se despierta en el lector? En la actualidad tenemos una relación ambivalente con el cuerpo. El platonismo más pueril ha triunfado y se considera la carne como algo vacío. El ser humano aspira a ser un alma bella proyectada entre los datos. En consecuencia el cuerpo es sometido a los dictados de la voluntad para conseguir que se convierta en un verdadero espejo del alma. La carne es experimentada como material obsoleto, recuerdo de la animalidad originaria, señal de fragilidad ante las necesidades, la enfermedad o el envejecimiento. Se ha convertido en un territorio abandonado o perdido, hábitat estéril y claustrofóbico. La vivencia de la encarnación se ha transformado en una fuente de angustia. De este modo, apropiarse del cuerpo consiste en desplegar unas prácticas de control constante con dietas, ejercicio, medicamentos, vigilancia y eliminación de los apetitos.

En el mejor de los casos, el ser humano aspira a depurar su uso como instrumento sensorial con el que acceder al mundo (real y virtual). Y en esta ocasión, el cuerpo es entendido como un canal por el que introducir en la mente la infinita información disponible en la nube. Pero, como bien sabemos, intentar asimilar todos esos datos sólo sirve para evidenciar la indigencia de las capacidades cognitivas. En el momento en el que la pantalla mediatizó la relación con el mundo, los sentidos exteroceptivos, esos nervios que conectan la superficie del cuerpo con el cerebro, pasaron a jugar un papel ínfimo en la ecuación del conocimiento. El tacto ha acabado por ser despreciado, a pesar de que la piel actúa como herramienta perceptiva primaria a la hora de experimentar la materialidad del propio ser. El tacto se ha vuelto repulsivo por exponer el cuerpo al mundo. Al ser humano las caricias le hacen sentir inerme.

En realidad, no le aterroriza tanto que ese tocar la piel se transforme de repente en un pellizco o un golpe que hieran el cuerpo. Lo que verdaderamente le angustia es la caricia que excita los nervios. Ese contacto que es capaz de conmover, de hacer sentirse desde el interior de la carne, que retuerce las tripas y desposee de la voluntad con el vértigo del goce. Podemos decir que la carne está sufriendo un proceso de deserotización en favor de la imagen del cuerpo. La sensualidad que implica el contacto resulta excesiva en una sociedad profiláctica. Hoy, el deseo se fundamenta en una excitación puramente visual, lo cual implica un trabajo previo al tacto que permita un goce rápido y efectivo. Desde la mirada propia y ajena, el cuerpo es objeto de examen, valoración y escrutinio. A la carne se le da vueltas, se la ve desde todos los ángulos, se la mide, se la pesa, pero se evita tocarla.

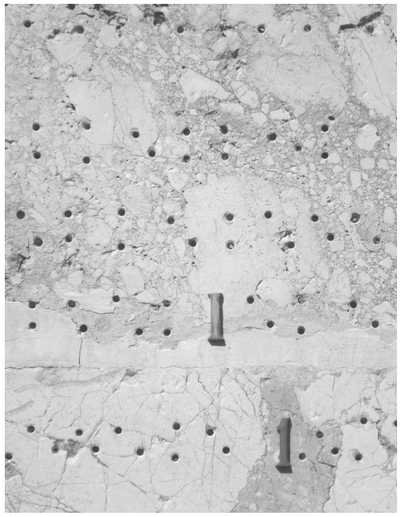
En contraste a este proceso de abandono, los tatuajes se presentan culturalmente como una forma de resistencia. El humano, que hoy se siente encerrado en su cuerpo, trata de apropiarse de aquello que le encadena a la materialidad haciéndose marcas en la piel. La paradoja resulta obvia, pues, con el tatuaje se castiga ritualmente al cuerpo para conseguir que sea reflejo del sí mismo. A partir de la llegada al gran público, al multiplicarse las imágenes de los futbolistas y famosos mostrando sus tatuajes, su uso se ha generalizado hasta conseguir que se considere un elemento de embellecimiento corporal. Sin embargo, hace sólo unas décadas y dentro de ese sistema de vigilancia y control más absoluto que es la cárcel, los rituales de dolor y marcado corporal eran una herramienta básica con la que abrir una grieta por la que entrara algo de la libertad y la identidad perdidas. Además, con esos tatuajes se expiaban los errores cometidos, se recordaba la vida anterior al encierro, los momentos significativos o las personas que esperaban fuera. Hoy, los jóvenes emulan ese momento de control emocional cuando se sientan en la higiénica silla del tatuador. Sueñan con experimentar la propia piel como territorio, utilizando símbolos con los que sustentar una identidad que aspira a ser constante.

El hombre salvaje,
(Catedral de Saint Étienne, Cahors)

Las marcas, dibujos, escarificaciones, agujeros o implantes se van superponiendo en el cuerpo como páginas de un libro. La piel relata una vida que se vuelve significativa al pasarla por el tamiz del dolor. En este sentido hay que ser claros, porque no se recurre al sufrimiento del marcaje corporal para dejar constancia en la piel de un hecho significativo, sino a la inversa: es el dolor que se ha sido capaz de soportar e, incluso, la fealdad del resultado los que convierten la marca en algo significativo. La banalidad de la vida posmoderna es lo que tiene. Los jóvenes se aburren esperando los descubrimientos, las crisis, los traumas o los amores arrebatadores de una vida intensa y se ven obligados a invocar la realidad a través de las marcas de la piel: el barrio donde uno se crió se convierte en seña de identidad cuando se inmortaliza en la piel y a una madre se la quiere más si llevamos estampada su cara en el brazo. De esta forma el cuerpo adquiere sentido y suma valor.

A partir de aquí, podemos lamentarnos de la banalidad de muchos de los símbolos escogidos, de la fragilidad de una identidad sustentada en la superficie corporal o del triste narcisismo que evidencia. Pero, a pesar de todo eso, la finalidad de reapropiación de la carne continúa subyaciendo en cada ejercicio de modificación corporal. Igual que en cada adolescente que se realiza un corte en el cuerpo un domingo por la tarde, aunque después suba la imagen a las redes sociales. El pequeño dolor autoproducido le permite sentirse de manera concreta, dotando de sentido a esa materia muerta, liberándose de la angustia de una existencia vacía y estúpida. Por eso, de lo que no puede dudarse es de la pureza de la exaltación a la que se accede rápidamente con la experiencia de la alteración corporal. Los pasos que conducen a cualquier persona a marcarse de manera indeleble se establecen como un nuevo tipo de sacralidad en la que se conmemora el misterio de la carne: elegir el símbolo, preparar la piel, soportar el dolor, exhibirlo en público,... Desde el inicio, la excitación recorre la piel y los órganos de quien decide entregar la carne a las agujas, el bisturí o el hierro ardiente. Nadie puede ignorar el pequeño gesto perverso, el erotismo de la agresión al cuerpo y el riesgo directo que entraña.

Yendo más allá de este uso socialmente aceptado están los "pri-mitivos modernos", los nuevos faquires, que se enfrentan a los límites del cuerpo con sus hazañas de transformación corporal. Dicen que buscan la curación mental, la expansión emocional o la paz espiritual. Y por eso son capaces de atravesarse la piel con ganchos y suspenderse en el espacio, soportando todo el dolor que supone cargar con un cuerpo. Con ello se purga la carne y se eleva el alma, emulando el éxtasis que los ejercicios espirituales religiosos permitían en el pasado. De esto último no hablan los "primitivos modernos", prefieren recordar las culturas indias o precolombinas como influencias directas. A pesar del arraigo del dolor en nuestra cultura de mártires y santos, el catolicismo ha preferido mantener la penitencia física en el ámbito de la intimidad, como los nazarenos que ocultan el rostro mientras se flagelan o como en los monasterios y los conventos, donde las rutinas podían incluir el castigo para el control del pecado. Exhibir después las marcas resultantes hubiese sido un pecado de soberbia o, peor aún, una obscenidad. Estas ascesis del catolicismo también permitían insertar el cuerpo en la experiencia religiosa, limpiándolo de apetitos y debilidades. Liberar la carne mediante el control del miedo y el sufrimiento es una forma de acercarla a lo eterno y no, sencillamente, de sentirse más cómodo en ella.



Introducir el dedo meñique empapado en aceite de oliva para decifrar el mensaje secreto de la placa de la vidente con párpado lacerado; Parque Genovés.

Apoyar el rostro sobre uno de los orificios creados por el agua en alguno de los peñascos cerca de la entrada al castillo de San Sebastian y esperar el súbito chorro salado.

(fotos sacadas del folleto *Cádiz tactilado*; JG/BJ)

El mercado hace tiempo que colonizó los cuerpos a través de los ritmos, de la satisfacción de las necesidades, de la excitación de las pasiones, etc. Ante esta evidencia que se experimenta desde el interior de cada ser humano, la noticia de la cadena de comida rápida es sólo un eslabón más. Las personas ya son perchas que publicitan los productos con los que se visten o adornan, ahora la piel es un espacio comercial más disputable por las empresas. Lo que resulta perturbador de este nuevo paso es la vulneración de la intimidad del cuerpo. Parecería que la piel deja de ser una mera superficie cuando la publicidad se introduce de manera perpetua e irreparable, cuando la invade groseramente. No sólo usa el cuerpo, sino que se apropia de él. La angustia surge junto a la certeza de que la intimidad que se experimenta en el contacto con nuestra superficie, esa frontera excitable, se abandona a merced de cualquiera. Hay una transgresión originaria y brutal en ceder así la piel. La obscenidad aumentaba al comprobar como el propio Domino's marcaba las zonas del cuerpo en las que el tatuaje se podía realizar: los brazos, las piernas y la cara.

Y, a pesar de resultar insostenible éticamente, nos parece verosímil que propongan la cara como un lugar apto para llevar la publicidad. Resulta tan humillante como banal, como en el caso del joven polaco que vivía en la calle en Benidorm y que este verano se prestó a tatuarse en la frente el nombre de un turista inglés a cambio de 100 euros. Con ese gesto aberrante se denigraba y hacía de su rostro algo despreciable. La grotesca marca en la cara, despertaba un rechazo atávico, pues su rostro se convertía en algo ajeno, propiedad de otro. Imposibilitaba la experiencia del infinito del rostro.

A pesar de la progresiva pérdida de la vivencia del cuerpo como hábitat, aún hay señales de nostalgia. Por eso, tanto el caso del joven sin hogar como el de la marca de pizzas despiertan inmediatamente la inquietud. Porque, seamos conscientes o no, nos retrotraen a experiencias históricas como las de la esclavitud y los campos de concentración. Lugares donde el tatuaje y las cicatrices constituyeron un momento imprescindible en el proceso de cosificación y des-humanización. El cuerpo quedaba marcado perpetuamente con el fin de someter la voluntad del esclavo y legitimar cualquier uso imaginable. Ahora su carne quedaba a la altura de la cosa y el amo sólo tenía que alargar la mano para disponer de ella. Del mismo modo, el salvado del campo de exterminio cargaba con esa marca indeleble. Ella le recordaba todos los días el tiempo en el que fue reducido a carne viva esperando a entrar en el matadero.

Por eso es urgente poner en marcha un proceso de erotización del cuerpo. Adquirir la conciencia de la materialidad del yo no debería fundamentarse en rituales dolorosos como los de modificación corporal, sino en experiencias placenteras como las de entregarse a las caricias del mundo. Dotar de sentido a la materia humana a través de la sensualidad está, precisamente, al alcance de la mano. El comienzo de esta experiencia puede ser sumamente sencillo, sólo hay que conseguir que las yemas de los dedos se demoren en la superficie, despertando los nervios que van de la piel a los órganos. Por eso, ha llegado la hora de cerrar los ojos y abandonarse al tacto.

María Santana